

santos. Cuando el Hermano lo hubo sublevado con sus palabras sobrado atrevidas, con alguna expresión más que brutal, acusábase en seguida por sus suavidades, por sus naturales altiveces, como si fuesen verdaderas faltas. ¿No debía de sentirse muerto para todas las debilidades de este mundo? En esta ocasión todavía se sonrió tristemente, al pensar que a punto había estado de incomodarse por la acalorada lección del Hermano. Era el orgullo — pensaba — que se proponía perderle, haciéndole despreciar a los pobres de espíritu. Mas, a pesar suyo, sentíase aliviado al estar solo, al irse pasito a paso, leyendo su breviario, libre de aquella áspera voz que turbaba su ensueño de ternura inmaculada.

VI

El camino se desenvolvía entre derrumbamientos de peñascos, en medio de los cuales los labriegos habían, de tarde en tarde, conquistado cuatro ó cinco metros de tierra gredosa plantada con viejos olivos. Bajo los pies del sacerdote el polvo de los profundos surcos dejaba oír ligeros estallidos ocasionados por la nieve. A veces, al recibir en el rostro un hálito más abrasador, alzaba los ojos de su libro, para ver de dónde le llegaba aquella caricia; mas su mirada permanecía indecisa, perdida sin verlo, en el inflamado horizonte, sobre las retorcidas líneas de aquel campo de pasión, reseca, desfallecido al sol, en un revolcarse de mujer ardiente y estéril. Echábase el sombrero sobre la frente para resguardarse del hálito abrasador, y volvía nuevamente a su lectura, con toda placidez; en tanto que la sotana levantaba tras él una ligera humareda, que corría a ras del camino.

—Buenos días, señor cura—le dijo un labriego que pasaba.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

30821

Ruidos de azadones, a lo largo de los banales, seguían arrancándole a su recogimiento. Volvía la cabeza y distinguía, en medio de los viñedos, robustos y angulosos ancianos que le saludaban. Los Artaud, en pleno sol, fornicaban con la tierra, según la frase del Hermano Archangias. Aquellas sudorosas frentes aparecían tras de las zarzas, pechos jadeantes se dilataban con lentitud, con ardiente esfuerzo de fecundación, en medio del cual andaba el sacerdote con su tan despacioso paso de ignorancia. Nada de perturbador llegaba hasta su sér, de la gran obra de amor de que se henchía la espléndida mañana.

—¡Eh, Voriau, no se come uno a la gente!— gritó alegremente una robusta voz, haciendo callar al perro, que ladraba como un desesperado.

El padre Mouret alzó la cabeza.

—Eres tú, Fortunato—dijo adelantándose a la orilla del banal, en el que el joven labriego trabajaba.—Precisamente quería hablarte.

Fortunato tenía la misma edad que el sacerdote. Era un muchachote de aspecto emprendedor y con la tez ya curtida. Hallábase desmontando un pedazo de terreno pedregoso.

—¿A propósito de qué, señor cura?—preguntó.

—A propósito de lo que ha pasado entre tú y Rosalía—contestó el sacerdote.

Fortunato se echó a reír. Debía parecerle cosa chistosa el que un cura se ocupara de cosa semejante.

—¡Caramba!—exclamó.—Fué porque ella lo quiso; yo no la he forzado... Tanto peor si el tío Bambousse se resiste a dármele. Ya ha visto usted que su perro se disponía a morderme hace un momento. Lo azuza contra mí.

El padre Mouret iba a continuar, cuando el viejo Artaud, apodado Bricchet, a quien no había visto en un principio, salió de detrás de un matojo, en donde comía con su mujer. Era pequeñín, agostado por la edad y de aspecto humilde.

—Le habrán contado a usted mil embustes, señor cura—exclamó.—El muchacho está dispuesto a casarse en seguida con Rosalía... Cosas de la juventud. Nadie tiene la culpa. Hay otros que han hecho lo mismo que ellos, y no por eso han dejado de vivir bien... El asunto no depende de nosotros. Hay que hablar al tío Bambousse. El es quien nos desprecia, a causa de su dinero.

—Sí, nosotros somos demasiado pobres—gimió la tía Bricchet, alta mujer lloricona, que se levantó a su vez.—Nosotros tan sólo poseemos este pedazo de terreno, en donde el demonio hace llover guijarros, es la verdad. No nos da siquiera un pedazo de pan... A no ser por usted, señor cura, la vida resultaría imposible.

La tía Bricchet era la única devota del pueblo. Cuando había comulgado, rodaba alrededor de la rectoría, sabiendo que la Teuse le guardaba siempre un par de panes de la última hornada. A veces, hasta cargaba con una gallina o un conejo, que le daba Deseada.

—Esos escándalos se repiten muy a menudo—repuso el sacerdote.—Es preciso que ese matrimonio se realice lo más pronto posible.

—En seguida, cuando los otros lo quieran—dijo la vieja, llena de inquietud por los regalos que recibía.—¿No es así? No seremos nosotros, Bricchet, tan malos cristianos que vayamos a contrariar al señor cura.

Fortunato se reía maliciosamente.

—Por mi parte estoy dispuesto—declaró—y la Rosalía también... Ayer la ví, detrás del molino. No estamos reñidos, todo lo contrario... Y nos quedamos juntitos, riendo...

El padre Mouret le interrumpió:

—Está bien. Voy a hablar a Bambousse. Según creo, está allí, en las Olivettes.

El sacerdote se alejaba, cuando la tía Bricchet le preguntó qué había sido de su hijo menor, Vicente, que se había ido por la mañana para ayudar la

misa. Era un galopín que necesitaba los consejos del señor cura. Y acompañó a éste durante unos cien pasos, quejándose de su miseria, de las patatas que faltaban, del frío que había helado los olivos, de los calores que amenazaban con achicharrar las escasas cosechas. Y le dejó, dándole la seguridad de que su hijo Fortunato rezaba sus oraciones, por la mañana y por la noche.

Ahora Voriau iba delante del padre Mouret. Al llegar a un recodo del camino, se lanzó bruscamente a las tierras. El padre tuvo que tomar una vereda que subía por un collado. Se hallaba en las Olivettes, la zona más fértil del país, en donde el alcalde de la comuna, Artaud, alias Bambousse, poseía muchos campos de trigo, olivares y viñedos. En esto, el perro se había lanzado a las faldas de una muchacha morena, que se rió de la mejor gana, al distinguir al sacerdote.

—¿Estaría tu padre ahí, Rosalía?—le preguntó el último.

—Allí enfrente—le contestó extendiendo la mano y sin cesar de reír.

Y en seguida, dejando el pedazo de tierra que escardaba, púsose a andar delante de él. Su embarazo, aun no en meses mayores, se manifestaba tan sólo por una ligera hinchazón de caderas. Tenía el firme contoneo de las robustas trabajadoras, con la cabeza al sol y con el cogote como chamuscado, con cabellos negros, asentados como crines. Sus verdosas manos olían a las hierbas que arrancaban.

—Padre—gritó,—ahí tiene usted al señor cura que pregunta por usted.

Y no volvió la cabeza, manteniéndose descarada y conservando su socarrona risa de bestia impúdica. Bambousse, gordo, sudoroso, con la cara redonda, dejó su tarea para salir regocijado, al encuentro del sacerdote.

—Juraría que quiere usted hablarme de las reparaciones de la iglesia—le dijo, sacudiéndose las manos llenas de tierra.—Pues bien, no, señor cura,

la cosa no es posible. La comuna no tiene un céntimo... Si Dios misericordioso proporciona el yeso y las tejas, nosotros pagaremos los albañiles.

Aquella broma de labriego incrédulo le hizo descoyuntarse de risa. Golpeóse los muslos, tosió y por poco se ahoga.

—No es por la iglesia por lo que he venido—contestó el padre Mouret.—Quería hablarle a usted de su hija Rosalía...

—¿Rosalía? ¿Qué es lo que le ha hecho a usted?—preguntó Bambousse guiñando los ojos.

La campesina fijaba sus miradas con descoco en el joven sacerdote, llevándolas desde sus blancas manos a su cuello de doncella, gozando sobre manera y haciendo lo posible para que se la subiesen los colores. Mas él, secamente, apacible el rostro, como si hablase de algo que no comprendía:

—Ya sabe usted lo que quiero decir, tío Bambousse. Está embarazada y hay que casarla.

—¡Ah! es para eso—murmuró el viejo con su ademán chocarrero.—Gracias por la comisión, señor cura. Los Bricet son los que le envían a usted, ¿verdad que sí? La tía Bricet va a misa y usted le da una ayuda de costa para casar a su hijo; se comprende. Mas, en cuanto a mí, yo no caigo en el garlito. El negocio no me conviene, y aquí paz y después gloria.

El sacerdote, sorprendido, le dijo que era menester no dar vuelo al escándalo, que debía perdonar a Fortunato, ya que éste se prestaba gustoso a reparar su falta, y, en fin, que el honor de su hija exigía un inmediato casamiento.

—¡Ta, ta, ta!—repuso Bambousse moviendo a un lado y otro la cabeza.—¡Cuánta palabrería! Yo me quedo con mi hija, ¿entiende usted? Nada de eso me va ni me viene... Un miserable, el tal Fortunato, que no tiene en donde caerse muerto. Resultaría de perlas si para casarse con una joven bastase con haber ido con ella. ¡Caramba! entre la juventud se verían bodas de la noche a la mañana... A Dios

gracias, Rosalía no me da el menor cuidado; se sabe lo que le ha sucedido; no por eso queda patizamba ni jorobada, y se casará en el país con quien mejor se le ponga en la mollera.

—Pero ¿y su hijo?—interrumpió el sacerdote.

—¿El hijo? Aquí no está ¿no es eso? Tal vez no lo estará nunca... Si viene al mundo, allá veremos.

Rosalía, viendo el sesgo que tomaba la gestión del sacerdote, creyó de su deber el hundirse los puños en los ojos, gimoteando. Hasta se dejó caer al suelo, echando al aire sus medias azules que le llegaban por encima de las rodillas.

—Vas a callarte, grandísima perra—gritó el padre, que se había puesto furioso.

Y la trató por modo innoble, con las palabras más soeces que la hacían reír para su sayo, bajo sus cerrados puños.

—Si llego a encontrarte con tu macho, a ambos a dos os ato, y os llevo por ahí para que os vea la gente... ¿No quieres callarte? ¡Espera, grandísima pícara!

Y cogió un terrón y se lo tiró con toda su fuerza a la distancia de cuatro pasos. El terrón se le aplastó sobre el moño, deslizándosele cuello bajo y llenándola de polvo. Aturdida, se levantó de un brinco y huyó con las manos en la cabeza para resguardarse. Pero Bambousse tuvo tiempo aun para alcanzarla con dos terrones más; el uno no hizo más que rozarle el hombro derecho, mientras que el otro la acertó en plena espalda, con tanta fuerza, que hizo que cayera de rodillas.

—¡Bambousse!—gritó el sacerdote, arrancándole un puñado de guijarros, que acababa de coger.

—¡Déjeme usted, señor cura!—dijo el campesino.—No era más que tierra blanda. Debía haberle arrojado estas piedras... Bien se ve que no conoce usted a estas muchachas. Son más duras que el mismo demontre. A ésta la remojaría en el fondo de nuestro pozo, le rompería los huesos a fuerza de garrotazos, y no por eso caería menos en sus por-

querías! Pero la acecho ¡y si llego a sorprenderla!... En fin, todas son cortadas con la misma tijera.

Y se consolaba. Se echó al colete un vaso de vino de una gran botella plana, forrada de esparto, que se calentaba sobre el ardiente suelo. Recobróse y dijo entre risotadas:

—Si tuviese un vaso, señor cura, le ofrecería a usted de todo corazón.

—Con que es decir—insinuó de nuevo el sacerdote—que ese casamiento...

—No, no puede efectuarse; se reirían de mí... Rosalía es una gran moza; vale tanto como un hombre. Me veré precisado a alquilar un trabajador el día en que ella se vaya. Hablaremos sobre el particular después de la vendimia. Amén de que no quiero que se me robe. Toma y daca ¿no es eso?

El sacerdote se quedó allí todavía una larga media hora predicando a Bambousse, hablándole de Dios y suministrándole todas las razones que el caso requería; más era como machacar en hierro frío. El viejo había vuelto a su tarea; encogíase de hombros, tomaba la cosa a broma y se obstinaba cada vez más. Acabó por exclamar:

—Y por último, si usted me pidiese un saco de trigo, me entregaría usted dinero... ¿Por qué quiere usted que me desprenda de mi hija sin recibir en cambio maldita la cosa?

El padre Mouret, desanimado, se marchó. Al ir vereda abajo, vió a Rosalía revolcándose a la sombra de un olivo con Voriau, que le lamía el rostro, lo que la hacía reír. Y decía al perro con las sayas alborotadas y golpeando el suelo con las manos:

—Me haces cosquillas, gran borrico. ¡Acaba de una vez!

Después, al ver al cura, hizo como que se ruborizaba, se arregló el vestido, y volvió a llevarse los puños a los ojos. El, por su parte, trató de consolarla, prometiéndole que intentaría nuevos esfuerzos para con su padre. Y le agregó que mientras

tanto, debía obedecer, cortar toda relación con Fortunato y no agravar todavía más su pecado.

—¡Oh! lo que es ahora—murmuró sonriéndose con su desvergonzado ademán—ya no hay peligro alguno, pues la cosa ya está hecha.

El padre no la comprendió y le hizo una pintura del infierno, en donde arden las mujeres malas. Luego la dejó, habiendo cumplido con su deber, recuperando aquella serenidad que le permitía pasar sin inmutarse por entre las inmundicias de la carne.

VII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARÍA"
Año de 1925 MONTERREY, MEXICO

La mañana resultaba abrasadora. En aquel inmenso circo de ruinas, el sol resplandecía, desde los primeros días de verano con relumbrante ardor de gran horno. El padre Mouret, por la altura a que se hallaba el astro, comprendió que apenas tenía tiempo para volver al presbiterio, si quería hallarse allí a las once, para que la Teuse no le viese con refunfuños. Leído su breviario y desempeñado su cometido ante Bambousse, volvíase con precipitado andar, mirando a lo lejos la mancha gris de su iglesia, con la alta faja negra que el Solitario destacaba sobre el azul del horizonte. En el bochorno que producía el calor, iba pensando en la manera más espléndida posible con que adornaría, por la tarde, la capilla de la Virgen para los ejercicios del mes de María. El camino extendía ante él una alfombra de polvo blanda para los pies, de deslumbradora blancura.

En la Cruz Verde, cuando el cura iba a atravesar el camino que lleva de Plassans a la Palud, un cabriolé que bajaba la cuesta, obligóle a resguardarse tras un montón de gujarros. Iba a cortar la encrucijada cuando le llamó una voz:

—¡Eh, Sergio, eh, hijo mío!

El cabrió se había detenido, y un hombre inclinaba la cabeza. Entonces el joven sacerdote conoció a uno de sus tíos, al doctor Pascual Rougon, a quien el Pueblo de Plassans, en donde curaba gratis a los pobres, llamaba "el señor Pascual", sin más. Aunque apenas pasaba de los cincuenta años, tenía la cabeza como la nieve blanca, con gran barba y largos cabellos, entre los cuales su hermoso rostro regular adquiría una delicadeza rebotante de bondad.

—Y precisamente a esta hora andas patullando por el polvo—dijo regocijadamente, inclinándose más aun para estrechar las dos manos del cura.—¿No te causan miedo las insolaciones?

—No mucho más que a usted, mi querido tío—contestó el cura riendo.

—¡Oh! pero yo cuento con la capota del coche. Por lo demás, los enfermos no esperan. En todo tiempo la gente se muere, hijo mío.

Y refirióle que iba corriendo a casa del viejo Jeanbernat, el administrador del Paradou, a quien le había acometido una apoplejía aquella noche. Un vecino suyo, un campesino que se dirigía al mercado de Plassans, había ido en su busca.

—A estas horas debe de haber muerto—prosiguió.—En fin, siempre hay que ver... Esos viejos diablos tienen el pellejo muy duro.

Alzó el látigo, cuando el padre Mouret le detuvo.

—Espere usted... ¿Qué hora tiene usted, tío?

—Las once menos cuarto.

El sacerdote vacilaba. Llegaba a sus oídos la terrible voz de la Teuse, gritándole que el almuerzo se iba a enfriar. Pero la echó de valiente, y repuso en seguida:

—Tío, me voy con usted... Ese desgraciado querrá tal vez reconciliarse con Dios, en su hora postrera.

El doctor Pascual no pudo contener una carcajada.

—¡Quién! ¡Jeanbernat!—exclamó.—Bueno, si

llegases a convertirle... Pero no importa, vente sea como sea. Sólo tu presencia es capaz de curarle.

El cura subió al coche. El doctor, quien pareció dolerse de su broma, se mostró afectuosísimo, sin dejar de dirigir al caballo ligeros chasquidos con la lengua. Miraba a su sobrino con curiosidad, con el rabillo del ojo, con aquel penetrante ademán de los sabios que toman apuntes. Hízole preguntas, en breves frases y con toda bondad, acerca de su vida, de sus costumbres, de la tranquila felicidad que disfrutaba en los Artaud. Y, a cada contestación satisfactoria, murmuraba como hablándose a sí mismo, y en tono sereno:

—Vamos, tanto mejor, todo va a pedir de boca.

Insistió sobre todo sobre el estado de salud del joven sacerdote. Este, admirado, le aseguraba que se sentía del todo bien, que ni tenía vértigos, ni náuseas, ni dolores de cabeza.

—Bien, muy bien—repetía el tío Pascual.—En la primavera, como no ignoras, se remueve la sangre. Pero tú eres robusto... A propósito, he visto a tu hermano Octavio, en Marsella, el pasado mes. Va a trasladarse a París, en donde tendrá una brillante posición en el alto comercio. ¡Ah, el muy buen mozo, qué buena vida se lleva!

—¿Qué vida?—preguntó cándidamente el cura.

El doctor, para no dar una respuesta, chasqueó la lengua. Luego repuso:

—En fin, todos andan al pelo, tu tía Felicitas, tu tío Rougon y los demás... Esto no significa que no necesitemos de tus oraciones. Tú eres el santo de la familia, hijo mío, cuento contigo para conseguir la salvación de todos y de cada uno de nosotros.

Y se reía con tanta cordialidad, que hasta el mismo Sergio llegó a bromear.

—Es que los hay en el montón—prosiguió—que no será empresa fácil llevarlos al paraíso. ¡Qué soberbias confesiones oirías si acudiesen uno tras otro! Pero, en cuanto a mí, no necesito que se confiesen, les sigo de lejos y tengo en casa sus legajos, hacien-

do compañía a mis herbarios y a mis apuntes de práctico. Llegará un día en que podré extender un cuadro de palpitante interés... ¡Ya se verá, ya se verá!

Y se distraía entregado a entusiasmo juvenil por la ciencia. Una mirada dirigida a la sotana de su sobrino, le detuvo en seco.

—Tú te has hecho cura—murmuró;—perfectamente, se es muy feliz haciéndose cura. Te has metido de cabeza ¿no es así? de modo que vas por el mejor camino... En cualquier otro estado no habrías podido satisfacerte a ti mismo. Por más que tus parientes han cometido acciones viles, todavía no han llegado a quedar satisfechos... Todo cuanto ha sucedido es lógico, hijo mío. Un sacerdote completa la familia. Por lo demás ello era preciso. Nuestra sangre había de venir a parar así... Mejor para ti, que has tenido la mejor suerte.

Pero se contuvo, sonriendo por modo extraño.

—No, tu hermana Deseada es la que ha tenido mejor suerte.

En esto silbó, dió un latigazo y cambió de conversación. El cabriolé, después de subir una cuesta bastante áspera, se deslizó entre dos gargantas desoladas; después, llegó por una meseta a un hondo camino, costeano una interminable y alta tapia. Los Artaud habían desaparecido; hallábanse en pleno desierto.

—Nos acercamos, ¿verdad?—preguntó el sacerdote.

—Este es el Paradou—contestó el doctor, señalando la tapia.—¿No has venido tú aun por aquí? estamos a una legua de los Artaud... Este Paradou ha debido de ser una soberbia propiedad. La tapia del parque, por este lado, tiene muy bien dos kilómetros; pero desde hace más de cien años todo crece al acaso.

—Hay hermosos árboles—hizo notar el sacerdote, que alzaba la cabeza, sorprendido por las masas de verdura que sobresalían de las paredes.

—Sí, este lado es muy fértil. El parque es también un verdadero bosque, en medio de las peladas rocas que lo rodean. Por lo demás, aquí es en donde el Mascle tiene su origen. Se me ha hablado de dos o tres manantiales, según creo.

Y, en frases entrecortadas, interrumpidas por incidentes ajenos al asunto, contó la historia del Paradou, una especie de leyenda que corría por el país. En tiempo de Luis XV, un señor había construido allí un palacio suntuoso, con inmensos jardines, grandes fuentes, corrientes aguas, estatuas, todo un Versalles en miniatura, perdido entre los peñascos, bajo el gran sol del Mediodía. Mas no había ido a pasar allí más que un verano, en compañía de una mujer soberanamente hermosa, que sin duda murió allí, puesto que nadie la vió salir. El siguiente año, el palacio se incendió, las puertas del parque fueron clavadas, las aspilleras de los muros se llenaron de tierra por sí mismas, en tal medida que, desde aquella lejana época, ni una mirada ha penetrado en este vasto recinto, que ocupaba una de las más altas mesetas de los Garrigues.

—No deben de faltar ortigas—dijo riendo el padre Mouret.—Se respira la humedad a lo largo de toda esta cerca, ¿no le parece a usted, tío?

Después, tras corto silencio:

—¿Y a quién pertenece ahora el Paradou?—preguntó.

—A fe mía que no lo sé—contestó el doctor.—El propietario vino al país hace cosa de veinte años; mas se horrorizó tanto por este nido de culebras, que no se le ha vuelto a ver el pelo... El verdadero amo es el guardián de la posesión, ese viejo original de Janbernat, que ha dado con el medio de alojarse en un pabellón, cuyas piedras se mantienen todavía en pie... Mira, allí está, aquella casuca gris, allí abajo, con sus grandes ventanas carcomidas por la hiedra.

El cabriolé atravesó una verja señorial, llena toda de herrumbre, reforzada interiormente con plan-

chas de mampostería. Los fosos o zanjas, a un centenar de metros, el pabellón habitado por Jeanbernat se encontraba enclavado en el parque, al que tenía vista una de sus fachadas. Pero el guardián parecía haber parapetado su vivienda por aquel lado; había desmontado un estrecho jardín, junto al camino; vivía allí, en la parte del medio día, dando la espalda a Paradou, sin parecer percatarse de la enormidad de vegetación que se desbordaba por aquella parte.

El joven sacerdote echó pie a tierra, mirando con curiosidad e interrogando al doctor, quien se apresuraba a atar el caballo a una anilla fija en la pared.

—Y ese anciano ¿vive solo en el fondo de este ignorado agujero?—preguntó.

—Sí, enteramente solo—respondió el tío Pascual. Pero se corrigió diciendo:

—Tiene consigo una sobrina que se le ha venido encima, una muchacha rara, una salvaje... Despachemos. Todo en la casa parece muerto.

VIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al sol del medio día la casa parecía dormir, las persianas estaban cerradas, en medio del zumbido de gruesas moscas que ascendían por la hiedra hasta las tejas. Una deliciosa tranquilidad bañaba aquella asoleada ruina. El doctor empujó la puerta del estrecho jardín, rodeado por un alto seto vivo. Allí, a la sombra de un pedazo de pared, Jeanbernat, irguiendo su elevada estatura, fumaba sosegadamente su pipa, en aquel gran silencio, mirando cómo crecían sus hortalizas.

—¡Cómo! ¡Está usted levantado, so farsante!—exclamó el doctor viendo visiones.

—¡A lo que parece, venía usted a enterrarme!—gruñó el viejo rudamente.—No necesito a nadie. Me he sangrado...

Y se detuvo en seco al distinguir al sacerdote, y tan terrible fué el gesto que puso, que el tío Pascual se apresuró a intervenir.

—Es mi sobrino—dijo,—el nuevo cura de los Artaud, un excelente muchacho. ¡Qué demonio! No hemos corrido por esos andurriales a semejante hora para comérmelo a usted, tío Jeanbernat.

El viejo se tranquilizó un poco.

—No quiero solideos en mi casa—murmuró.—Entiéndalo usted, doctor, nada de menjures y nada de curas, cuando haya de largarme: de otro modo, llegaríamos a enfadarnos... A pesar de todo, que entre aquél, ya que es sobrino de usted.